

PIO IX.

HISTORIA DOCUMENTADA DE SU VIDA Y DE LOS VEINTE Y CINCO PRIMEROS AÑOS DE SU GLORIOSO PONTIFICADO,

con un razonado juicio de los acontecimientos religiosos, políticos y sociales
de la época,

RELACIONADOS CON EL CATOLICISMO,

Y UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS TRES SITUACIONES DEL MUNDO,
CORRESPONDIENTES AL NACIMIENTO DE ESTE GRAN PONTÍFICE, Á SU ELEVACION Á LA SEDE
ROMANA
Y Á LA INVASION DE LA CAPITAL DE LA CRISTIANDAD.

OBRA ESCRITA

POR LOS REVERENDOS

D. EDUARDO MARIA VILARRASA,

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion de Nuestra Señora
en Barcelona.

Y

D. EMILIO MORENO CEBADA,

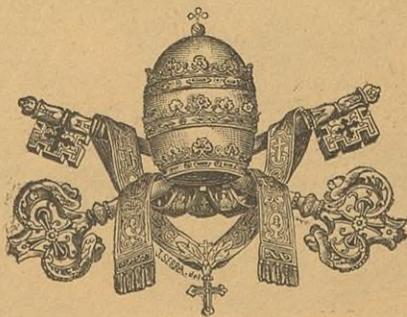
doctor en sagrada Teología:

AMBOS EXAMINADORES SINODALES DE VARIAS DIÓCESIS, Y AUTORES DE ALGUNAS OBRAS
RELIGIOSAS Y CIENTÍFICAS.

ESPLÉNDIDA EDICION

ILUSTRADA CON PRECIOSAS LÁMINAS GRABADAS SOBRE BOJ

REPRESENTANDO LOS ASUNTOS TRATADOS EN LA OBRA.



BARCELONA:
IMPRENTA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,
CALLE DE ROBADOR, N.º 24 Y 26.
1871.

Entregas 8 y 4. 49750

L47
2872

Historia documental de su vida
y de los años y años de su glorioso pontificado

D. EDUARDO MARIA VILARASA

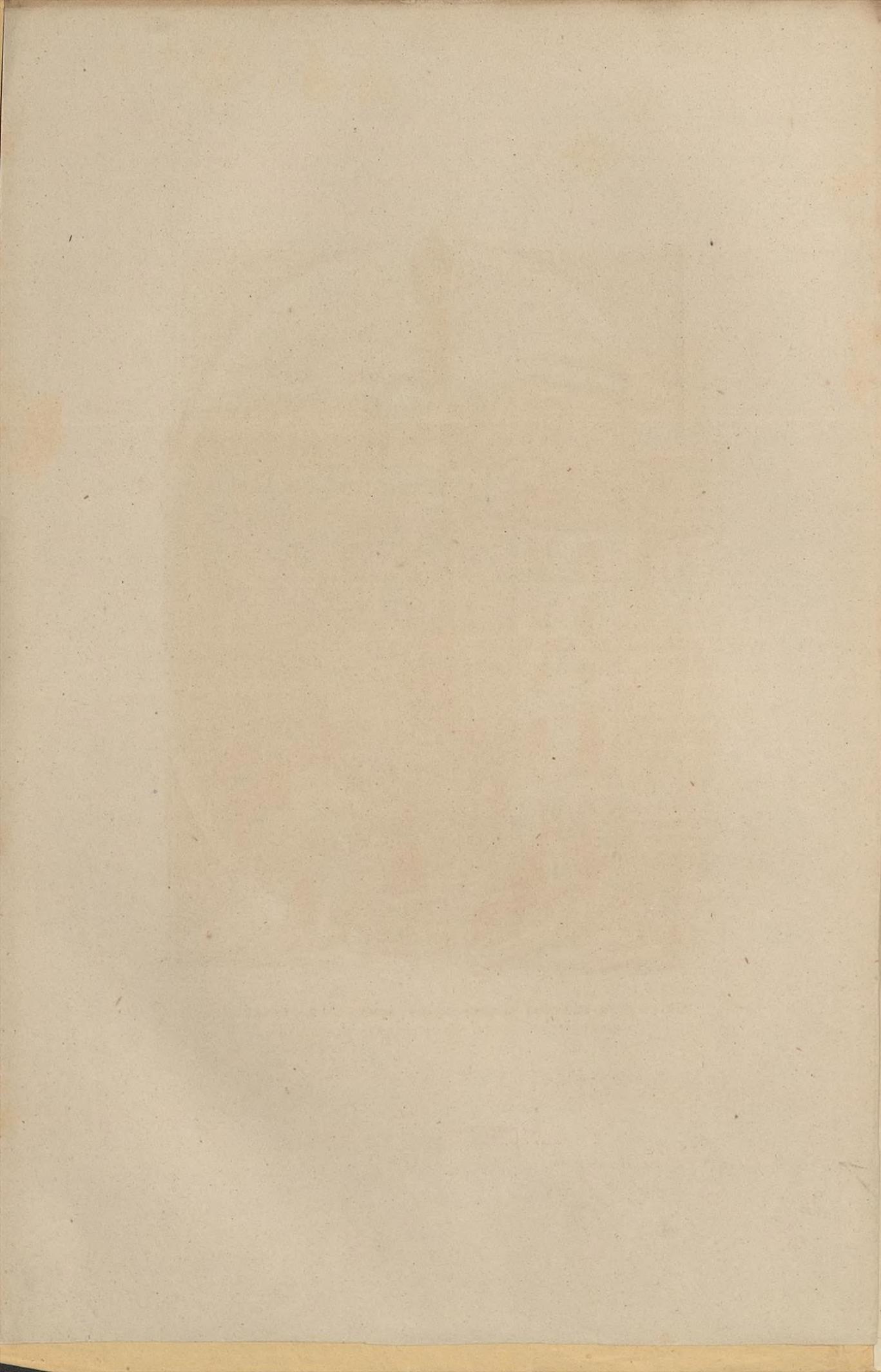
D. EMILIO GIBENO REDADA

BARCELONA
IMPRESA Y FUNDICION DE LA BIBLIOTECA Y CIRCULO

Encomendado a...



EL EMINENTÍSIMO SEÑOR CARDENAL ANTONELLI.





MONUMENTO ELEVADO POR PIO IX EN HONRA DE LA INMACULADA
CONCEPCION, EN LA PLAZA DE ESPAÑA EN ROMA.

digna del sucesor de san Pedro. No contribuía menos á embellecer las calles del tránsito la numerosa y excelente oficialidad napolitana, que á la sazón vestía sus mas brillantes uniformes.

«El puerto y el golfo: hé aquí los dos puntos donde todos dirigian sus pasos; hácia donde también dirigimos los nuestros. Á las ocho de la mañana, después de enarbolada la insignia del jefe de las fuerzas navales españolas en el vapor de guerra *Colon*, fueron recibidos en este buque, con los honores de ordenanza, los generales Córdoba y Zabala y el embajador de Austria. Á esta hora, colocados en el puente de este magnífico vapor, fue cuando admiramos el mas vivo, el mas animado, el mas precioso cuadro que puede ofrecerse á la vista de un viajero. Entre los buques napolitanos *Tancredo*, *Delfino* y *Guiscardo*, los españoles *Colon*, *Castilla*, *Cortés* y *Marigalante*, y el francés *Vauban*, circulaban infinitos botes llenos de gentes que asistian á la solemne despedida. Por cualquier lado á que se dirigian los ojos se veía la misma expresion en los semblantes; como si en todas partes reinara un mismo deseo, un mismo pensamiento. Así era en efecto: en los buques como en el puerto no se hablaba mas que del Papa; en la tierra como en el mar reinaba el mismo entusiasmo, mezclado aquí con alegría y allí con sentimiento.

«Poco tardó en divisarse una barquilla blanca que, desprendiéndose velozmente de la orilla, se dirigia hácia el *Tancredo*; entre las dos hileras de remeros se distinguía una figura blanca; aquella era la majestuosa figura de Pio IX. Entonces todos los buques enarbolaron la bandera pontificia, los marineros corrieron á extenderse lo mas caprichosa y pintorescamente sobre la arboladura de los buques, y por todas partes empezó á tronar la artillería. Cada fuerte de Gaeta, cada vapor, disparó veinte y un cañonazos, y cada pecho exhaló cien vítores y cien gritos de alabanza al ilustré proscrito, objeto único de aquella ovacion extraordinaria. Las voces de la muchedumbre y el ruido de los cañones vinieron á dar á aquella escena un aspecto poético y sublime. Hasta la densa nube de humo que despedía la artillería, mezclada con el humo negro que exhalaban los vapores, contribuyó á embellecer el cuadro, porque aquel era todo el incienso que en medio de las aguas podia quemarse en honor del Pontífice romano. Separemos por un momento las calamidades que la revolucion de Roma ha podido derramar sobre la silla de san Pedro, y convendremos en que el triunfo de Pio IX en Gaeta el día 4 de setiembre de 1849 ha sido el mayor triunfo que ha alcanzado la religion cristiana en medio del cruel escepticismo político, y hasta religioso, en que se devora el funesto siglo XIX.

«No deja de ser notable que esta ocasion haya sido la primera en que un Papa haya emprendido un viaje á bordo de un buque de vapor. Pero lo que es sorprendente y admirable hasta lo misterioso es que, á la hora en que pasaba esta escena, hiciese que se hallaba en Gaeta Pio *noveno nueve* meses, *nueve* dias y *nueve* horas. Si esto es una casualidad, hé aquí una casualidad que asombra; sino, será un secreto escondido en los arcanos de la Providencia (1).

«Á las nueve se dió á la vela la línea de vapores, formando primero el *Tancredo*, después el *Colon*, detrás el *Vauban*, á la popa de este el *Castilla*, y finalmente, el *Guiscardo* y el *Delfino*. En el primero iba Su Santidad acompa-

(1) «E' intanto singolar combinazione che abbia dimorato in Gaeta Sua Santità Pio *nono*, *nove* mesi, *nove* giorni e *nove* ore.

«E' questa la prima volta che un Papa abbia transitato su di un batello a vapore.» *Giornale costituzionale del regno delle Due-Sicilie*. Martedì 4 settembre 1849.

ñado del Rey de Nápoles, el conde de Trapani y los cardenales Antonelli, Riario Sforza, Camarlengó, Asquini, Piccolomini, arzobispo de Nápoles Mons. Garibaldi, nuncio apostólico en las Dos Sicilias; en el segundo el brigadier Bustillos, jefe de nuestra escuadra y hoy general, los generales Córdoba y Zabala y el embajador de Austria, y en el *Guiscardo* la reina de Nápoles con las demás Reales personas. Gobernando á la isla de Prócida, emprendimos el viaje con viento al S. E. flojo, mar llana y atmósfera calmosa. Á poco empezamos á dar vista al famoso rio Garigliano.

«Entonces clavado á la banda de babor de nuestro buque, fijos los ojos en las memorables márgenes del rio, y palpitante el corazon de gozo, exclamamos llenos del mas puro entusiasmo: «¡Salve, deliciosas linfas del Garigliano, que en otros tiempos cantásteis las glorias del Gran Capitan de España! ¡Salve, hermosísimas arenas del Garigliano, que ha tres siglos y medio fuisteis heroicamente holladas por los valientes soldados de mi patria! ¡Salve, encantadas riberas del Garigliano, que temblásteis al pavoroso estruendo de los arcabuces y falconetes de los bizarros tercios de Isabel la Católica! ¡Salve, ilustres manes de los españoles, que hallásteis honrosa sepultura en tan plácidas orillas; ya os veo levantar la frente bajo esos tristísimos cipreses que esa tierra agradecida ha abortado á los bordes de vuestras tumbas: ya veo las coronas de mirto y siempreviva que las alas de las brisas han tejido sobre vuestras cabezas! ¡Salve tambien, infortunados manes, los que morísteis con gloria, porque morísteis á los golpes de la ponderosa lanza del siglo XV! ¡Manes de los españoles y franceses, vosotros todos, los que errantes cruzáis esas florestas á la pálida luz de la soñolienta luna, y que confundís vuestros cantos sepulcrales con el funerario murmurio de las bellas ninfas del Garigliano, recibid un suspiro y una lágrima de este pobre peregrino!

«Prócida aparece á nuestra vista. Una infinidad de botecillos se disparaban de esta isla, y como balas se dirigian hácia el *Tancredo*, conduciendo un gentío inmenso que con el mas vivo entusiasmo victoreaba á Su Santidad. Pro IX salió al tambor derecho del buque á hacerse ver de aquella religiosa multitud y á recibir sus cariñosos saludos. En tal situacion la figura del Papa se destacaba preciosamente sobre el fondo azul de las aguas confundidas con el horizonte. ¡Qué cuadro tan sorprendente! La muchedumbre calla y se arrodilla en silencio; los vapores aflojan sus máquinas, y hasta el mar parece que detiene su curso. Pro IX echa su bendicion apostólica sobre aquellas sencillas gentes. ¡Qué de lágrimas se han cuajado en las pupilas al interrumpir tan silenciosa escena el estruendo de la artillería de Prócida y de los buques de su puerto!»

Reanudemos el hilo de nuestra narracion.

Instalada la corte pontificia en el palacio de Portici, Su Santidad admitió á su mesa al Rey y á su augusta familia, en tanto que el cardenal Antonelli admitia en la suya á los cardenales y otras personas de distincion. Inmediatamente despues de terminada la comida, el rey Fernando II se despidió del Santo Padre, y regresó á su palacio de Nápoles.

Dejemos por algunos momentos al sucesor de Pedro en su nueva residencia, siendo objeto de las mayores atenciones por parte de la familia real de las Dos Sicilias y de todo el pueblo napolitano, y fijemos nuevamente la atencion en la Ciudad eterna.

El ejército libertador no podía menos de captarse todas las simpatías por su moderación y su prudencia, cualidades que tanto realzan á los vencedores. Aquellos soldados tan valerosos en el campo de batalla eran la admiración de todos por su disciplina y comportamiento. Á sus comidas eran cada día admitidos multitud de pobres que, en días de tanta calamidad como los acabados de pasar, habían quedado sin el menor recurso; pues sabido es que la miseria es una de las plagas que traen en pos de sí las revoluciones.

En las horas que les quedaban libres después de los ejercicios militares acudían á visitar los monumentos de Roma, cuya historia les era explicada por sacerdotes y otras personas que por lo común les acompañaban; siendo los templos objeto de sus más deliciosas visitas, y no pocas las conversiones que se efectuaron.

Los enemigos de la Religión y de la sociedad que habían quedado en la ciudad de Roma, no por haber sido derrotados dejaban de entregarse á actos deplorables. Los demagogos aprovechaban la menor ocasión que se les presentaba para manifestar su odio contra los franceses, lo que dió lugar á diversas escenas en las que siempre el ridículo era para los primeros. La cobardía ha sido siempre atrevida como la ignorancia. No faltaba entre aquellos fanfarrones quienes se atreviesen aun á llevar en el sombrero cintas con los colores italianos, y otros que ostentaban trajes de luto por la república. La sociedad sí que debe vestirse de luto siempre que esos hombres funestos se apoderan de los destinos de los pueblos.

CAPÍTULO XXXVI.

DISCUSIONES EN LA ASAMBLEA FRANCESA SOBRE LOS ASUNTOS DE ITALIA. — MOTU PROPRIO DE PIO IX HACIENDO ALGUNAS CONCESIONES POLÍTICAS Á SU PUEBLO.

LA Francia habia tomado una parte demasiado activa en los acontecimientos de Roma para que el Gobierno pudiera librarse de ver examinada y discutida su conducta política en las Cámaras y en la prensa. El hervor de las pasiones indicaba que la discusion seria reñida y pertinaz. Así fue en efecto.

Los debates tenian la importancia de una cuestion capital, sea que se mirara desde el punto de vista conservador y católico, sea que se juzgara con el criterio revolucionario.

Mr. Thiers tuvo el valor de ladearse hácia los buenos principios, declarando en un documento parlamentario, que habia de ser otra de las bases de las discusiones, *que el Pontificado no podia tener independencia sin soberanía. Este, continuaba, es un interés de primer orden, ante el que deben inclinarse los intereses particulares de las naciones; como los intereses de los individuos callan ante el interés del Estado.*

La montaña, al oír los juicios imparciales y sólidos de Thiers, como si se sintiera herida en sus sentimientos, prorumpió en un grito de indignacion. Los epítetos de «sacristan, capuchino, jesuita,» cayeron sobre él como otros tantos anatemas lanzados por la intolerancia demagógica. La luz de los principios fundamentales de la moral y de la paz no cabe en la débil retina de ciertos mortales.

La carta al coronel Ney habia llevado la zozobra y la angustia á todos los corazones amantes de la justicia, y aunque su efecto habia sido en parte debilitado por las declaraciones posteriores del Ministerio, esperábase con natu-

ral ansiedad el giro que las discusiones tomarian en la Asamblea republicana.

Al comenzamiento de la primera sesion dedicada á dilucidar aquel asunto capital, Mr. de Tocqueville se apresuró á declarar que el Gobierno francés no podia ni queria violar la libre accion del Pontífice, por mas que creyera lícito darle consejos, con tal que fueran estos justos y respetuosos.

Esta actitud quitaba el tono imperativo de la carta del Presidente; Francia no se presentaba, ó mejor, no imponia al Papa la soberanía de su poder y de su criterio.

La montaña se indignó contra Mr. Tocqueville como se habia indignado contra Mr. Thiers. Tuvo ya la Asamblea dos sacristanes, dos frailes, dos jesuitas.

Á Tocqueville sucedió Mr. Mathieu (de la Drome). En su discurso complaciente á la demagogia se destacan algunas respetuosas protestas de imparcialidad y veneracion al clero; empero sus conclusiones, siempre faltas de apoyo, eran favorables á la intervencion política de la Francia en el régimen de los Estados pontificios.

Al descender de la tribuna Mathieu, apareció en ella un nuevo diputado jóven, tímido, lego á las costumbres de la tribuna, ignorante de la actitud propia para imponer á un grande auditorio.

Inauguró su discurso pidiendo con cierta humildad la indulgencia de los oyentes, por atreverse á ensayar sus dotes parlamentarias terciando en una cuestion de primer orden. Su modestia y su educacion excitaron las sátiras y las risas de la seccion roja de la Cámara. ¿Quién es este? unos á otros se preguntaban. Mr. Rosière era desconocido hasta aquel dia.

Mas hé ahí que el diputado de repente se crece, su voz tímida al implorar indulgencia toma el acento de una conviccion ilustrada; y como para mortificar el amor propio de sus irónicos colegas, les dirige contundentes é intencionadas preguntas. En el novicio se revela ya uno de los primeros oradores.

Mr. de Rosière exige á la Cámara que evoque los precedentes históricos del Estado romano; que examine el objeto y la mira que ha tenido durante tantos siglos la Europa católica para formar, sostener y defender la soberanía pontificia; que investigue la razon por que existe en el mundo una situacion excepcional que goza de ventajas especiales, imponiéndole, como es justo, particulares deberes. El orador desarrolló ante la Asamblea con pulso y tino la filosofia histórica del gobierno temporal.

La izquierda pronto trocó sus risas en gemidos; la demagogia no pudo contestar sino con bufonadas á Mr. Rosière, que le trazaba con clásicas pinceladas el cuadro «de la pretendida república romana, que no fue gobernada, ni administrada, ni defendida por romanos; que no fue otra cosa que la exhibicion de la república social refugiada en Roma despues de haber sido arrojada de París.»

Mr. Hugo subió tambien á la tribuna para descargar el peso de su imaginacion altiva contra la causa justa del Pontificado. El poeta congregó en idea todos los atropellos, todas las calamidades, todas las desgracias sociales, y las hizo registrar en el libro de la filosofia histórica simplemente como á hijas del espíritu clerical, del poder romano, del sacerdocio y del Pontificado. Allí, en su discurso se vieron pueblos nadando y sumergiéndose en lagos de sangre; familias bebiendo por agua las lágrimas de los ojos de las madres desgraciadas; cátedras esplendorosas arder en las llamas de la Inquisicion; la

Italia cargada con las cadenas fundidas por manos de los cardenales. Habló de tinieblas, de reaccion, de hipocresía... en fin, de cuanto podia excitar el entusiasmo de los misántropos humanitarios.

Los demagogos aplaudian frenéticos; Hugo fue proclamado azote de Dios descargado sobre las iniquidades papales. Al descender de la tribuna, desde la que, á decir verdad, no arrojó ni un solo rayo de luz sobre la cuestion debatida, la demagogia le acordó una ovacion.

Empero aquella ovacion apasionada y artística iba á oscurecerse por completo ante el éxito glorioso de uno de aquellos discursos que caracterizan, no solo á un hombre, sino á toda una época.

Mr. Montalembert subió á la tribuna para defender desde ella la causa del derecho y del honor.

Preferimos ceder la palabra á Mr. Veuillot para analizar el discurso de aquel eminente publicista y orador, pues, sabido el rigorismo con que el director de *L'Univers* ha tratado á Montalembert, son de mas quilates los elogios, y sube naturalmente el valor de las favorables apreciaciones.

Habla Mr. Veuillot: «La primera frase pronunciada por Mr. de Montalembert al aparecer en la tribuna fue ya una sentencia definitiva: «El discurso que acabais de oír, dijo, ha recibido el castigo correspondiente; aludo á los aplausos que ha merecido.» Un hurra de imprecaciones siguió á esta frase, hurra sofocada por las aclamaciones de la derecha. Por un lado la conciencia y el buen sentido aplaudian al verse vengados; por otro la vanidad, la ignorancia, la pasion demagógica se sentian juzgadas y cortadas. Aquella primera palabra desencadenó la primera tempestad. La montaña grita, se agita; unos hacen ademán de dirigirse á la tribuna, otros salen de la Asamblea, grandes voces reclaman que el orador sea llamado al órden; la voz del Presidente se pierde en el tumulto; la agitacion invade las tribunas; mas otras emociones han de venir todavía. La figura de Montalembert era la única que aparecia y permanecia calmosa en medio de aquella tempestad. Aprovechando un momento de silencio respectivo, retira el cuchillazo que hacia revolver á la montaña, pero para asestar otro golpe con punta mas afilada y energía mas varonil: «¿No me permitís decir, preguntó, que el discurso de Mr. Hugo ha recibido su castigo? Digamos solamente que se le ha dado la debida recompensa.» La frase quedaba completa; Mr. Hugo, el héroe de la demagogia, era exhibido ante el universo honrado llevando impresa en la frente la frase de Montalembert.

«No analizaremos el discurso de Mr. de Montalembert; no es de aquellos cuya lectura es prescindible. Fue aquel discurso una de las obras maestras de la palabra humana, una de las glorias imperecederas de la tribuna francesa; pocos triunfos consigna la crónica parlamentaria semejantes al obtenido por él.

«Mr. de Montalembert habló, como siempre, en sentido católico, aunque con una audacia, con un arrojo, con un entusiasmo de amor por la Iglesia que se excedió á sí mismo. Y la Asamblea legislativa le escuchó con mas atencion, con mas respeto, con mas aplauso, si cabe, que la cámara de los pares cuando pronunció aquella memorable y profética oracion fúnebre del Sonderbund, en la que anunciaba á la monarquía su derrota, porque habia permitido oprimir la inocencia, vencer el derecho y aplastar la libertad.

«Renunciamos á describir la actitud de la Asamblea. Jamás la vimos tan

conmovida, tan clamorosa, tan dispuesta en prorumpir en gritos de aclamacion ó de furor. Á medida que la montaña multiplicaba sus denuestos redoblaban los aplausos de la mayoría. Quede orgulloso Mr. de Montalembert de su triunfo, como nosotros lo estamos al recordarlo. Nunca ha de dolerse de su campaña de ayer; los odios implacables que desafi6 varonilmente, cualesquiera que sean las injurias que le prodiguen ó los atropellos que ensayen, no conseguirán arrepentirle de haberlos desenmascarado, rendido y supeditado. Su triunfo no és de un partido, no es de una causa humana; es el de la justicia y de la verdad; él dió la victoria á una causa por la que es dulce y glorioso morir.

«Habló de la fuerza de la Iglesia, de esta fuerza invencible, eterna, que saca de su misma debilidad, y que no ha permitido en el decurso de los siglos que ninguna potencia impunemente la atacara. Comparó los que abofetean á la Iglesia con los que abofetean á una mujer; y exclamó: «Sin embargo, la Iglesia no es una mujer, es mas que una mujer, es una MADRE.»

«Aquel arranque fue seguido de una explosion de bravos, de adhesiones, de nobles lágrimas, de aplausos frenéticos, como una profesion de fe de la Francia católica, en reconocimiento y honra de las entrañas en las que habia sido engendrada.

«Sabíamos lo que es capaz de obtener un hombre convencido; empero, si lo hubiésemos podido ignorar, Montalembert nos lo hubiera de repente enseñado.»

Nós complacemos en consignar este brillante testimonio de la admiracion de Mr. Veuillot á la elocuencia, á la catolicidad y á los eminentes servicios prestados á la Iglesia por Mr. de Montalembert.

Aquel discurso, en el que salió hermosamente glorificada la causa del Catholicismo, finalizó dejando en su lugar la posicion controvertida de la Francia respecto á la intervencion en Roma.

«Terminaré, dijo, dando un mentís á una expresion que me ha herido á mí como á todos vosotros; se ha dicho que el honor de nuestra bandera fue comprometido en la expedicion enviada á Roma para destruir la república romana y restablecer la autoridad del Papa; semejante cargo debe ofender á cuantos se encuentran en este recinto, y todos deben rechazarlo como yo lo rechazo. No, el honor de nuestra bandera no ha sido comprometido; no, jamás tan noble bandera ha cobijado en sus anchos pliegues una mas noble empresa. Así lo dirá la historia; con confianza invocó su testimonio y su juicio. La historia correrá un velo sobre tantas ambigüedades, sobre tantas tergiversaciones, sobre tantas contiendas como habeis suscitado con tanta amargura como activo celo á fin de introducir la discordia entre nosotros; la historia correrá un tupido velo sobre todo esto, ó quizás solo lo enunciará para hacer ver la grandeza de la empresa por el número y la naturaleza de las dificultades vencidas.

«La historia dirá que mil años despues de Carlomagno, y cincuenta despues de Napoleon; mil años despues que Carlomagno hubo conquistado una gloria inmortal restableciendo el poder pontificio, y cincuenta despues que Napoleon en la cima de su poder y de su prestigio hubo fracasado al querer destruir la obra de su predecesor, dirá que la Francia ha permanecido fiel á sus tradiciones y sorda á odiosas provocaciones; dirá que treinta mil franceses mandados por el digno hijo de uno de los gigantes de nuestras grandes

glorias imperiales abandonaron el suelo de la patria para ir á defender en Roma, y en la persona del Papa, el derecho, la equidad, el interés europeo y francés; la historia dirá lo que el mismo Pio IX ha dicho en su carta de accion de gracias al general Oudinot:

«*El triunfo de las armas francesas ha sido conseguido contra los enemigos de la sociedad humana.*

«Sí, este será el fallo de la historia, y esta es y será una de las mas bellas glorias de la Francia y del siglo XIX.

«Vosotros no trataréis á buen seguro de atenuarla, de empañarla ni de eclipsarla engolfándoos en un tejido de contradicciones y de inexplicables inconsecuencias: ¿y sabéis lo que apagaria para siempre la auréola de la bandera francesa? el oponer esta bandera á la cruz, á la tiara que acaba de libertar; el transformar á los soldados franceses de protectores del Papa en sus opresores; el trocar el papel y la gloria de Carlomagno por una lastimosa copia de Garibaldi.»

Mr. Odilon Barrot explanó el pensamiento ministerial; el Gobierno declaró por su boca que los principios expuestos en la carta de Ney eran convenientes; que las esperanzas hechas concebir por el *motu proprio* de Su Santidad, si bien no eran completas, significaban buenas tendencias y disposiciones: el Gobierno en vista de todo renunciaba á cuanto tuviera las apariencias de una coaccion, y determinaba entrar en el camino de las negociaciones diplomáticas para obtener la aquiescencia de Su Santidad.

En el discurso de Barrot se deslizaron apreciaciones injustificables; el lenguaje del órgano del Ministerio no estuvo en muchos puntos á la altura de las conveniencias, ni vinieron todos sus conceptos revestidos del respeto correspondiente á la santidad del Pontífice, ni á la majestad del Gobierno provisional por el mismo establecida.

Quizá se resintió algo la elocuencia de Mr. Odilon de las impresiones demagógicas de Mr. Hugo; pero al fin el pensamiento ministerial entrañaba el *confiteor* de la carta de Ney, y dejaba á Bonaparte su responsabilidad y su *mea culpa*.

La orden del dia, apoyada en la memoria de Mr. Thiers, estaba concebida en el sentido reclamado por Mr. de Montalembert.

Sobre aquellas interesantísimas sesiones Mr. Veuillot emitió un juicio sintético, que vamos á traducir, porque á nuestro humilde parecer abarca en pocas consideraciones toda la extension del debate.

Mirada retrospectiva sobre la discusion y el sentido del voto de la Asamblea.

«Ante todo debemos consignar que la discusion ha sido sostenida y juzgada bajo el punto de vista católico y en interés del Catolicismo. El derecho del Papa, la necesidad de conservar el Papa, la obligacion de consagrar la independencia del Papa, la imposibilidad de obrar de distinta manera sin comprometer la paz y el porvenir del mundo, hé ahí lo que Mr. Tocqueville y hasta Mr. Odilon Barrot han declarado con Mr. Rosière y Mr. Montalembert, hé ahí lo que la Asamblea ha votado.

«Bajo este punto de vista, la Asamblea dió un paso mas adelante que el informe, ya de sí claro, de Mr. Thiers: nadie dudará que los discursos de Mr. Rosière y Mr. de Montalembert acentuaron singularmente el significado de aquella exposicion, acrecentando la importancia del voto.

«La Francia tiene necesidad de ser católica, quiere también serlo. ¿Lo es? Nos sentimos impulsados á contestar con la mayoría: «Sí.» De corazón y en el fondo la Francia es católica. Entre nosotros, los sofistas, los sectarios y malvados son los únicos que reniegan del bautismo derramado catorce siglos atrás sobre la frente de Clodoveo, y el que fundó la poderosa unidad francesa para que fuese esta nación la columna y el brazo de la Iglesia.

«Cuando Clodoveo fue bautizado el mundo era arriano. Asia, África, Europa forcejaban para emanciparse de la reyesdad espiritual de Roma. El Papa podía echar una mirada al rededor del orbe; la fuerza le era en todas partes contraria. El Sicambro, indócil aun, lleno de impetuosidad pagana, anhelante de quemar lo que había adorado, era su único amigo. Quizá para los políticos el bautismo de Clodoveo no era más que la superstición de un salvaje que aceptaba el Dios de su mujer. Mas en realidad aquel bautismo fundó la Francia y trocó los destinos del mundo. Mientras que el arrianismo, hermano mayor de la filosofía moderna, preparaba los caminos al mahometismo, religion destructiva y voluptuosa, semejante á los planes de nuestros impuros sectarios, la mano invisible de Dios deponía, sobre los altares de Reims, la espada de Carlos Martel, Carlomagno y san Luis.

«Aquella es la espada que nuestros pechos entresacaban de su vaina, cuando de pié, con la coraza de guerra, en el templo de Dios, escuchaban la lectura del Evangelio, recordando esta palabra del vencedor de Tolbiac al oír la reseña de la pasión del Salvador: *¡Oh, si yo hubiese estado allí con mis francos!*

«Aquella espada ha sido el arco maestro de la Europa. Ineptos enemigos de la verdad, como siempre los ha habido, paganos, mahometanos, que se dicen patriotas excelentes, y que parece no tienen ni una sola gota de sangre francesa en las venas, porque la sangre francesa es católica, han venido á exigirnos con estúpidos clamores que rompiéramos la espada de la Francia, la espada de Tours, de Bouvines, de Tunez y de la Mussoure, y que la transformáramos en no sabemos qué arma corta, útil para asesinar sacerdotes y rasgar el Evangelio. Nosotros no hemos accedido.

«¡Ah! sin duda estos clamores no eran más que un eco. Tras de aquella máscara brutal más de uno ha podido descubrir el sarcasmo y la blasfemia elegante que había ya otras veces aplaudido, y que ciertamente habría con frecuencia pronunciado.

«Mas hé ahí que un hombre se levanta; jamás ha blasfemado: su lenguaje de hoy es el mismo que su lenguaje de ayer, y Dios había reservado el gran triunfo á su constancia sostenida á prueba de inmensas bufonadas. Él dijo: *¡SE OS PROPONE QUE HIRAIS Á VUESTRA PROPIA MADRE! Á este grito filial el corazón de los hijos ha contestado: Sí, sí; la Iglesia católica, la Iglesia romana es una madre; no la heriremos, no la ultrajaremos, ni siquiera la abandonaremos.*

«Quisiéramos que cuantos hombres inteligentes existen en Europa hubieran asistido á aquel espectáculo memorable, hubiesen oído los gritos, hubiesen contemplado los rostros inflamados, las manos temblorosas de los diputados. La elocuencia entregada á sus propias fuerzas no obtiene tales triunfos; para ello es preciso que sostenga con sus alas el fuego de la verdad, es indispensable que toque las fibras más delicadas del corazón.

«Una pequeña parte de la Asamblea no ha aplaudido: permaneció silencio.

sa y embarazada, si no fria. ¿Era que no le pareciese elocuente el orador? ¿era que no lo creyese convencido? No. Era simplemente que para ella nada significaba el que la Iglesia fuese una madre. No lo comprendia; los que lo comprendieron tenian una alma católica.

«Ocho dias atrás escribimos que actualmente la humanidad está trabajando una luminosa apología de la Iglesia católica y de la Iglesia romana, que es el gobierno espiritual y temporal de la verdad. Por cierto que el hecho realizado ayer está léjos de desmentir nuestro aserto. ¿Quién no recuerda la célebre correspondencia entre Voltaire y Federico de Prusia? «Siglo desdichado es este para la corte de Roma, escribia Federico; por todas partes se la «ataca abiertamente; los filósofos zapan sin recelo los fundamentos del trono «apostólico; síbanse los gestos del gran mago, y se satiriza al autor de la «secta... ¿Qué no debemos esperar para el siglo venidero?» El siglo que ha venido ve y verá á un hijo de los cruzados restaurar por sus propias manos el trono apostólico derribado por los hijos de Voltaire. Hé ahí un hecho que no esperaba Voltaire, ni Federico, ni quizá el mismo siglo; mas hé ahí lo que esperaban en la sombra y en el silencio los adversarios desarmados, cuya irreparable caída era en tantos tonos anunciada. Otro filósofo de aquellos tiempos, Duclos, se reia mucho de la simplicidad de cierto cardenal que conoció en Roma, el que por única respuesta á las amenazas de los filósofos y de los príncipes contestaba: «Nosotros tenemos la palabra de JESUCRISTO, *la Iglesia es inmortal.*» Quizá Duclos se admire de lo que hoy acontece. El cardenal, menos sorprendido, dará gracias á Dios.»

La época en cuya historia pueden intercalarse páginas tan elocuentes como la anterior no merece el dictado de incrédula ni de racionalista. La fe y la autoridad manifiestan guardar profundas raíces en la vida de los pueblos. Hay lucha, empero no falta la victoria.

La Francia, que acababa de glorificarse por la espada, conquistó la palma á su palabra.

El triunfo de la palabra católica en la Asamblea francesa será inmortal.

Cualquiera que sea la extension de las amarguras que deban devorar Roma y el Pontificado, nuestro siglo legará á la historia las manifestaciones de la ternura filial de uno de los mas escogidos pueblos.

Se ha hablado en las discusiones que acabamos de extractar de un *motu proprio* de Su Santidad, concediendo espontáneamente á su pueblo algunos prudentes derechos políticos. Es un documento cuya importancia se manifiesta á todas luces, ya por revelar el condescendiente espíritu de Pio IX, ya tambien porque fue uno de los puntos objetivos de las deliberaciones de Francia el investigar si lo en él acordado equivalia á las exigencias de Napoleon, expresadas en la carta de Ney.

Hé aquí el *motu proprio* de Su Santidad:

PIO PAPA IX

Á SUS MUY AMADOS SÚBDITOS.

«No bien las valerosas armas de las potencias católicas, que con verdadera y filial devocion concurrieron al restablecimiento de nuestra plena libertad é independenciam en el gobierno de los dominios temporales de la Santa Sede, os libraron de la tiranía que de mil maneras os oprimia, no solo en-

tonamos himnos de gracias al Señor, sino que nos apresuramos á enviar á Roma una Comision gubernativa compuesta de tres respetables cardenales, á fin de que en nuestro nombre tomase las riendas del gobierno civil, y, auxiliada por un ministerio, adoptase, en cuanto ¡lo permitiesen las circunstancias, las providencias que por el momento reclamaba la necesidad de afianzar el orden, la seguridad y tranquilidad pública. Con igual solicitud nos ocupamos en establecer las bases de aquellas instituciones que, dándonos, amadísimos súbditos, las convenientes libertades, asegurasen al mismo tiempo nuestra independencia, que estábamos obligados á conservar intacta á la faz del universo. Así, pues, para consuelo de los buenos, que tanto han merecido nuestra especial benevolencia y consideracion; para desengaño de los malos y de los ilusos, que se prevalieron de nuestras concesiones para trastornar el orden social; para que sirva á todos de testimonio de que no abrigamos otro deseo que el de vuestra verdadera y sólida prosperidad de nuestro *motu proprio*, á ciencia cierta y en la plenitud de nuestra autoridad, hemos resuelto lo que sigue:

«Artículo 1.º Se establece en Roma un Consejo de Estado. Este dará su parecer acerca de los proyectos de ley antes de que estos sean presentados á la sancion soberana, y examinará todas las cuestiones mas graves de todos los ramos de la administracion pública, acerca de las cuales se le pida su parecer por Nos ó por nuestros ministros.—Una ley establecerá las cualidades y el número de los consejeros, sus deberes y prerogativas, el orden de las discusiones, y todo lo concerniente al recto modo de obrar de tan distinguida corporacion.

«Art. 2.º Se instituye una Consulta de Estado para la Hacienda. Esta Consulta será oida acerca del presupuesto del Estado, y examinará sus gastos, pronunciando acerca de ellos las convenientes sentencias sindicatorias; dará su parecer acerca de la imposicion de nuevas contribuciones ó disminucion de las existentes; acerca del modo mejor de hacer el reparto de ellas; acerca de los medios mas eficaces para hacer que florezca el comercio, y en general acerca de todo lo concerniente á los intereses del Tesoro público.—Los consultores serán elegidos por Nos en vista de las notas que nos serán presentadas por los Consejos provinciales. Su número se fijará en proporcion de las provincias del Estado. Este número podrá aumentarse por medio de una determinada adicion de personas que nos reservamos nombrar.—Una ley fijará el modo en que deban hacerse las propuestas de los consultores, sus cualidades, el orden con que deben tratarse los negocios, y todo cuanto pueda contribuir pronta y eficazmente á la reorganizacion de este importantísimo ramo de la administracion pública.

«Art. 3.º Se confirma la institucion de los Consejos provinciales. Los consejeros serán elegidos por Nos á vista de las listas de sujetos propuestos por los Consejos comunales.—Será de su inspeccion tratar de los intereses locales de la provincia, de los gastos que hayan de hacerse á cargo de ella ó con su concurso, el presupuesto y las cuentas de la administracion interior; la cual administracion será desempeñada por una comision administrativa que será elegida por cada Consejo provincial bajo su responsabilidad.—Algunos individuos del Consejo provincial serán elegidos para formar parte del Consejo del jefe de la provincia, á fin de auxiliarle en el ejercicio de la vigilancia que le incumbe sobre los municipios.—Una ley determinará el modo de hacer las propuestas, las cualidades y el número de consejeros para cada pro-

vincia; y, prescritas las relaciones que deberán conservarse entre las administraciones provinciales y los grandes intereses del Estado, establecerá estas relaciones, é indicará cómo y hasta dónde se extiende sobre ellas la superior tutela.

«Art. 4.º La representacion y la administracion municipal serán arregladas bajo las mas latas franquicias que sean compatibles con los intereses locales de los pueblos.—La eleccion de los consejeros tendrá por base un extenso número de electores habida principalmente consideracion á la propiedad.—Los elegibles, además de las cualidades intrínsecamente necesarias, deberán disfrutar de una renta que se determinará por la ley.—Los jefes (corregidores ó alcaldes) de las magistraturas (ó municipalidades) serán elegidos por Nos; y los *ancianos* (tenientes de alcalde) por los jefes de las provincias, en virtud de ternas propuestas por los Consejos comunales.—Una ley determinará las cualidades y el número de consejeros comunales, el modo de elegirlos y el número de los que hayan de componer las magistraturas (ayuntamientos); organizará el sistema de la administracion, poniéndola en armonía con los intereses de las provincias.

«Art. 5.º Las reformas y mejoras serán extensivas al órden judicial, y á la legislacion civil, criminal y administrativa. Una comision, que se nombrará, se ocupará de los trabajos necesarios.

«Art. 6.º Finalmente, propensos siempre por inclinacion de nuestro corazon paternal á la indulgencia y al perdon, es nuestra voluntad que de nuevo se verifique este acto de clemencia para con los extraviados que fueron arrastrados á la felonía y rebelion por la seduccion, la incertidumbre, y quizá tambien la inercia de otros. Teniendo presente por otra parte lo que reclaman la justicia, fundamento de los reinos, los derechos ajenos conculcados ó perjudicados, el deber que nos incumbe de libraros de que se renueven los males que habeis sufrido, y la obligacion de apartar de vosotros las perniciosas influencias de los corrompedores de toda moral y enemigos de la religion católica que, fuente perenne de todo bien y prosperidad social, formando vuestra gloria, os distinguia como aquella familia selecta favorecida por Dios con sus particulares dones, hemos mandado que en nuestro nombre se publique una amnistía de la pena en que han incurrido todos aquellos que de este beneficio no queden excluidos por las limitaciones ó excepciones que se expresarán.

«Tales son las disposiciones que por vuestro bienestar hemos creido ante Dios deber publicar, y que al paso que son compatibles con nuestra representacion, nos convencen plenamente de que fielmente ejecutadas pueden producir aquel buen resultado que forma el honesto deseo de los hombres cuerdos. El recto sentir de cada uno de vosotros, que anhela tanto mas el bien en proporcion á los padecimientos sufridos, nos da de ello una amplia garantía. Empero toda nuestra confianza la colocamos principalmente en Dios, que aun en medio de su justa indignacion no se olvida de su misericordia.—*Datum Neapoli in Suburbano Portici die duodecima septembris MDCCCXLIX, pontificatus nostri anno IV.*»

CAPÍTULO XXXVII.

EFFECTO PRODUCIDO EN SU SANTIDAD POR EL VOTO DE LA ASAMBLEA FRANCESA.—REGRESO DE PIO IX Á ROMA.

PIO IX se hallaba en Portici rodeado de la veneracion y del respeto de los habitantes todos de aquella venturosa localidad, imposibilitado de regresar á su solio egregio á causa de los embarazos creados por la astuta diplomacia.

Incierto era á qué lado inclinaria la balanza el voto que iba á salir de las discusiones parlamentarias. Poseido de celestial esperanza y de divina calma, Pio IX no queria precipitar los acontecimientos. La Providencia misma era su ángel; sabia que al sonar la hora todos los obstáculos se desvanecerian, y el soplo suave del Señor le conduciria á su destino. Mas esperanzado que sus amigos en el auxilio del cielo, era el menos preocupado por la marcha de los terrenales acontecimientos.

La noticia del voto de la Asamblea, inclinando el ánimo de Su Santidad, fue la aurora de la reconciliacion; una comision municipal de Roma presentóse á Pio IX para suplicarle con nueva insistencia se dignara poner término á la orfandad de la Ciudad eterna. Pio IX, que veia ya serenarse el firmamento, dijo á los ilustres comisionados:

«Nos causaba repugnancia volver á nuestros Estados, mientras la Francia pusiese en cuestion nuestra voluntad independiente; mas hoy, que un feliz desenlace parece va á poner fin á toda duda sobre este punto, esperamos volver dentro de poco al seno de nuestra ciudad de Roma.»

El cardenal Dupont, arzobispo de Bourges, fue enviado acerca del Soberano Pontífice como embajador extraordinario del Gobierno francés con la mision de dar á Su Santidad todas las garantías que apeteciera encaminadas á

dejar asegurada la accion de su independecia y soberanía. Pro IX se convenció de que el cielo acababa de franquearle el camino de su Roma suspirada, y declaró consentir en regresar á ella el dia 12 de abril de 1850.

El cardenal Antonelli anunció aquella importante resolucion al cuerpo diplomático: «Despues que las armas católicas, dijo, han vencido la rebelion promovida por algunos, llevando la agitacion á los súbditos pontificios, con aplauso unánime de todos los buenos se ha ido estableciendo poco á poco el Gobierno legítimo en los Estados de la Iglesia, de modo que para colmar los deseos del mundo católico y de los súbditos adictos á su Soberano solo falta el regreso del Padre Santo á su sede.

«Varias circunstancias lo han retardado hasta ahora, entre ellas el vivo deseo de Su Santidad de poder subvenir á las necesidades del Estado.

«Conseguido esto ya, el Santo Padre ha resuelto regresar á sus dominios temporales en los primeros dias del próximo mes de abril.

«Su Santidad espera que el Señor, cuya mano guió á las potencias que le auxiliaron con sus ejércitos en esta tan santa empresa, se dignará bendecir los cuidados que no cesan de ocuparle para mejorar la suerte de sus súbditos, y no duda que las naciones con las que se halla la Santa Sede en relaciones de amistad, así como han contribuido con su influencia moral y material cada una por su parte al restablecimiento del Sumo Pontífice en el pleno y libre ejercicio de su autoridad, estarán animadas de un igual y constante interés para garantizarle su libertad é independecia, indispensable para el gobierno universal de la Iglesia y para la paz de la misma, que es la de toda la Europa.»

El cuerpo diplomático recibió la noticia de la augusta determinacion con íntima complacencia; el regreso de Pro IX, reclamado vivamente por el universo católico, era la primera solucion á las cuestiones políticas en aquella época planteadas.

Mr. de Courcelles acababa el plazo legal de su mision extraordinaria, y quiso presentarse á Su Santidad, cuya causa habia defendido con tanta nobleza y pundonor.

Antes de ser admitido por el Pontífice, el Cardenal quiso condecorarle, en nombre del Papa, con el cordon de la orden de Pro IX, á lo que Mr. de Courcelles se resistió con tal insistencia, que no pudo menos de llamar la atencion del Ministro de Estado.

«Habládme con franqueza, le dijo este; ¿qué puede incitaros á esta insólita negativa? ¿qué motivo os induce á ello?»—«Hélo aquí,» contestó, y descubriendo su pecho le enseñó un pequeño Crucifijo, diciendo: «Esta cruz ha recibido el último suspiro de un hijo idolatrado, y he jurado no llevar jamás otra.» El Cardenal, conmovido hasta derramar lágrimas, manifestóle que representante de Pro IX, el cual tenia poder para absolver de todo juramento, le conjuraba que aceptase aquel testimonio del aprecio particular del Papa.

La última entrevista del diplomático con Su Santidad fue tierna en alto grado, y Pro IX, despues de colmar á Mr. de Courcelles de paternales atenciones, le ofreció un retrato diciéndole: «Esto os consolará de haber aceptado la cruz de Pro IX.» El regalo consistia en el retrato de la santísima Virgen, grabado en una piedra preciosa, con una inscripcion griega cuya traduccion dice así: «Señor, asistid al emperador Leon,» obra reputada como una maravilla del siglo V.

Pio IX salió de Portici el día 4 de abril de 1850.

Los napolitanos, que habian ya tomado afecto especial á su augusto refugio, quisieron tributarle un testimonio digno de la majestad del Pontífice, al darles este el adios mas cordial.

De todos los extremos del reino vinieron á Portici muchedumbres de católicos fervientes.

El rey, el príncipe heredero, la reina y toda la casa real se reunieron para acompañar á Pio IX.

El cardenal Dupont encargóse tambien de representar á Francia en aquel viaje.

Pio IX quiso visitar á Gaeta antes de abandonar la napolitana tierra, como extraordinaria prueba de gratitud por el primero y mas difícil hospedaje que obtuvo en aquella ciudad.

Suprimimos la descripción de las manifestaciones populares que en todas partes espontáneamente explotaban ante las plantas del libertado Pontífice; no contarémos los arcos de triunfo que las sencillas poblaciones levantaron á su paso con el verde follaje de sus selvas frondosas; ni nos ocuparémos de los tributos de admiración que el arte, tan digno en Italia, le consagró en las grandes ciudades. Basta decir que Nápoles no habia presenciado ovación semejante, y, sobre todo, que jamás en presencia de un sacerdote, por mas que fuera Pontífice, la ternura habia derramado tantas lágrimas, los corazones habian dado tantos latidos.

Cuando Su Santidad llegó á la frontera napolitana, el Rey, descendiendo del coche, se hincó de rodillas, y le pidió sumisamente la bendición.

«¡Ah! señor, contestó Pio IX; sí, que el cielo os bendiga por mi boca; yo no encuentro expresiones capaces de manifestar el reconocimiento de toda la cristiandad por la magnificencia y el filial afecto con los cuales dísteis Vos asilo en vuestro reino al Vicario de Jesucristo en los días de mayor peligro. Recibid un voto de gracias en mi nombre y en el de todos los fieles por vuestra generosidad y por vuestra piedad. ¡Que el mismo cielo os recompense, colmándoos de bienes á vos, á vuestra familia y á vuestro reino!»

«Padre Santo, contestó sollozando el Rey, yo no he hecho nada mas que lo que debia en mi cualidad de católico; y todo el tiempo que me resta de vida daré gracias á Dios por haberme proporcionado ocasion de cumplir este, para mí, tan dulce deber.»

«Sí, es verdad, replicó Pio IX; mas vuestra devoción al Jefe de la Iglesia se ha ostentado verdaderamente filial y sincera; yo os digo otra vez: Mil gracias; yo os bendigo mil veces mas; ¡adios, excelso monarca!»

Terracina fue la primera ciudad pontificia que recibió á su legítimo soberano; las autoridades depusieron en las manos de su rey las llaves de la ciudad, y el pueblo entre *hosannas* entusiastas lo recibió acompañándole á la iglesia del Borgo y de allí al palacio del Gobierno.

Varias diputaciones del reino llegaron hasta Terracina á ofrecer al Rey-Pontífice homenaje de la sumisión.

Terracina deliraba de júbilo; por la noche quisieron sus habitantes ofrecer un espectáculo completamente nuevo; el mar se iluminó como por encanto, en la extensión de tres kilómetros, por medio de cáscaras de naranja cortadas á modo de faroles, que agitándose entre las olas presentaban la mas encantadora ilusión. Aquel oleaje de estrellas agitándose y revolviéndose á las plan-

tas de Su Santidad ofrecía un cuadro único en la historia de los regocijos populares. La fachada del templo de Júpiter Anxuro, las ruinas del castillo de Teodorico y el gigantesco peñasco que domina la ciudad fueron iluminados por fuegos de Bengala.

Pío IX se dirigió de Terracina á Velletri, rodeado siempre de la auréola de la misma popularidad.

En el entre tanto la demagogia vencida en todos terrenos hacia los últimos esfuerzos para organizar siquiera una protesta escandalosa contra aquellos espléndidos triunfos de la revedad pontificia.

Mazzini, el gran agitador, contemplaba el creciente descrédito de sus utopias sociales, y hacia gigantescos esfuerzos para con la astucia de su genio, que á la verdad es poderoso, conseguir el que se agruparan á su bandera desolada algunos elementos influyentes.

Creyó posible atraer á su canto sirénico una parte del clero romano, dirigiéndole una alocucion en cuyo lenguaje se ve la mezcla mas repugnante de cinismo y de hipocresía.

Hé ahí algunos párrafos de aquella proclama :

«Sacerdotes italianos, mis palabras son graves, y si deseais la salvacion del mundo y de vuestras creencias, escuchadnos. Podríamos, sí, segun dijo uno de vosotros, y sea esto para vosotros todos una prueba del espíritu que nos anima, podríamos, sí, vencer sin vosotros, mas *no lo queremos.*»

«Desgraciados de los sacerdotes, desgraciado de su rebaño, si se obstinan en sostener un edificio ruinoso; dias de discordia comenzarán pronto, y las obras de aquellos dias serán lagos de sangre.

«En nombre de Dios y por el amor de nuestra patria, os preguntamos: ¿Sois cristianos? ¿Comprendéis el Evangelio? ¿Considerais la palabra de JESUCRISTO como una letra muerta, ó adorais el espíritu que la dictó? Entre el espíritu del Evangelio y la palabra de los Papas ¿estais verdaderamente resueltos á optar por esta última sin exámen prévio, sin consultar de antemano á vuestra conciencia? ¿Sois creyentes, ó idólatras?

«Si algunos actos aislados han manchado la pura causa de la demagogia socialista, toda la responsabilidad de aquellos excesos cae sobre los autores de reacciones crueles y de resistencias insensatas; si algunos gritos anárquicos, si algunos sueños y utopias subversiyas estallan hoy en el seno de los pueblos excitados, son las quejas de hombres desesperados, cien veces engañados y vencidos, cien veces desoidos en sus justas demandas por la inexorable voluntad de una secta ó de un rey; mas no ignorais que tales nubes se desvanecerian para siempre el dia en que alcanzásemos la victoria.

«Sacerdotes, la transformacion de la Religion y de la Iglesia, que con vuestra cooperacion se llevaria á efecto pacífica y solemnemente, costará al mundo luchas espantosas, y las lágrimas y la sangre de millares de mártires. Dios descenderá sobre la muchedumbre y sobre vosotros, no como el rocío sobre el vellon, sino como un torbellino, y armado del rayo como en las nubes del Sínai.»

¡Inútil é indigno alarde de omnipotencia! el clero romano acababa de aquilatar en el crisol de la persecucion su fidelidad al sucesor de Pedro; el sacerdocio romano se elevó hasta al heroismo en los dias álgidos de la tempestad. Entre el silbido del látigo mazziniano y el dulce silbido de Pío IX, el clero habia ya elegido. No era necesario examinar muy detenidamente lo que le con-

